



La sala Isaac Díaz Pardo del Auditorio de Galicia acoge hasta el 1 de febrero una muestra antológica que nos acerca a los más de cincuenta años de trabajo pictórico de Xulio Maside

LUCI Y XULIO MASIDE

TEXTO **Fátima Otero. Crítica de Arte**

Sobrino de uno de los grandes renovadores de la plástica gallega, Carlos Maside, el tiempo ha querido que coincidan juntas en Santiago dos exposiciones retrospectivas de ambos, una en el Centro Cultural Afundación de la Rúa del Villar, y la que nos ocupa, en la sala Isaac Díaz Pardo del Auditorio de Galicia. En esta se revisa la trayectoria de Xulio Maside (Vigo, 1933), que se formó con su tío, gran maestro y respetado intelectual del que aprendió mucho. Su eco se deja ver en sus primeras obras, pero del que se distanció sobradamente al crear su estilo propio e inconfundible.

De su enorme facilidad para el dibujo dan fe cualquier papel, resto de periódicos, una servilleta o un posavasos, materia prima que desde siempre le ha servido a Xulio para perpetuar, partiendo de materiales tan sencillos, el rostro que tenía enfrente o cualquier otro motivo al alcance de su mirada. Tal es su facilidad para describir con su peculiar estilo todo cuanto tiene a mano.

Ante tal cantidad de obra, y tras décadas acumulando experiencia y sabiduría, la comisaria de la exposición, Mercedes Rozas, ha seleccionado un nutrido conjunto de *collages*, acuarelas, carboncillos y grandes óleos en técnica mixta, resumen de un largo hacer que comienza desde muy joven y concluye en su más reciente trabajo, recién salido del horno: *Luci e máis eu* (2014).

Se trata de una pieza que revela un motivo muy querido por el artista, la relación de pareja o el manido tema picassiano del artista y la modelo. Ora en danza, ante la ventana, ora sobre la ría... siempre en los preámbulos del amor o desplegando éste por

doquier. La constante es que pinta torsos tan sólo silueteados, pero más que sugerentes, en posturas voluntariamente extendidas y entregadas al amor. El carácter, que podría parecer un poco subido de tono, de muchos encuentros, sede de la lujuria y refugio a toda libertad reprimida, delata la fecha en que fueron pintados.

Muchos surgieron en aquellos eufóricos años 80, cuna del mayor canto a la libertad en décadas. Significaba entonces luchar por algo casi desconocido hasta pocos años antes, en que se vivía en un ambiente que respiraba represión y abstinencia. Fruto de esa situación agobiante, sobre todo desde la mirada crítica de un creador, surgió en muchas de sus obras la figura de 'O mirón', ese eterno *vouyer* que busca lo que no tiene por fácil conseguir.

Y tiene mucho donde mirar, porque Xulio Maside despliega infinidad de cuerpos de estirpe manierista, deformados y caprichosos, revueltos en intrincado dibujo que adoptan las más enrevesadas posturas, pero felizmente elásticas y alargadas. Casi una trasposición de la rebeldía del propio autor y su sofisticación intelectual que contribuye a aderezar la propia representación.

Gran colorista es este autor. Sus gamas no responden al natural; acaso en alguna eta-



Una de las parejas de Xulio Maside del año 1989

pa se vuelven terrosas; en la mayoría de sus lienzos suele gustar de colores fríos, aquellos que tan sutilmente manejaba el Greco coloreando a su antojo la superficie vacía de la que emerge un nutrido salpicado de extraños y artificiales azules frecuentemente enfrentados entre sí.

Siendo preferente en sus creaciones que grandes figuras ocupen toda la superficie del lienzo, aunque anónimas, no ha sido extraño que haya acudido al retrato para representar tanto al lado del que posa como al del que pinta, y en la mayoría de los casos son afines moralmente a los idearios del artista. Entre ellos figuran Pérez Touri-

ño, Augusto Villanueva, Carlos Casares y un largo etcétera de amigos y familiares buscados a través de sucesivos encuentros, fruto siempre de la amistad.

Todo buen artista tiende a repetir siempre la misma temática pero de manera diferente. Xulio insiste en encuentros entre féminas; en seguir buscando sus señoritas, no ya en Aviñón sino en Santiago; entre enfrentar al hombre y su complemento animal como el gato, el que vigila la escena imprimiendo seducción al encuentro, o pasea su garbo por el lienzo. El caso es que su mano nunca para, ya sea registrando poses, gestos o comportamientos, muchos sacados de la gran historia del arte, desde las forzadas

posturas de un Guido Reni en su Hipómenes y Atalanta, hasta las expresivas mujeres de De Kooning, aunque salgan mejor paradas las del gallego, pasando por las expresiones y psicodelias neocubistas.

Ávidas poses en diagonal, escorzados torsos con las manos perpendiculares al lienzo proclaman libertad. No digamos cuando les acompaña el ave emprendiendo su vuelo. Todo es movimiento, un incesante diálogo y pugna entre línea y mancha, siempre empatados, una tensión pictórica y comunicativa que engancha e intriga.

En tan dilatada trayectoria no era extraño que dedicase una serie a su otra profesión, la de

médico anestesiólogo. Así, registra escenas de quirófano, en la concentración y soledad del equipo, en rápidos fogonazos de color y expresión, curiosamente, en gamas verdes: esa "soledad verde" con que Azorín denominó a Galicia, y ninguna mejor para retratar a la enfermedad para su cura.

Artista más preocupado en crear que en el deber de comunicar lo que hace, sigue creando y estirando temas que sobreviven, si cabe, más lánguidos. Este verano nació su nueva musa Luci, esa mujer mítica, posible origen de todas sus retratadas o con la que actualmente se retrata, cuyo atractivo emana no de la belleza de sus cuerpos esbozados sino de la lascivia sugerente en la que nos introduce ese gato mirón, independiente y astuto, que ocupa el lugar del espectador para seguir activando las picardías de la intrigante escena. Un encuentro seductor a la luz de un foco potente y artificial que inunda de llama la estancia vacía. Un pincel sensual y sexual el de Xulio que cada día se ha ido pareciendo más al personaje que lo porta.

Encuentros amigables o frenéticos, dialogantes retratados, pequeños dibujos directos al corazón, como su tío en el lecho de muerte... toda su obra es un homenaje a la contemplación. Estaba por revisar la singladura artística de este gran artista, destacado activista cultural en los años 80. Faltaba por dedicar un homenaje a su figura y a su variada y prolífica producción. Sus amigos y su inseparable Esther lo han propiciado; Mercedes Rozas ha materializado su primera antológica en esta atractiva individual a la que acompaña un catálogo digno. Ahora queda por revisar y volver a juntar a aquel grupo mítico llamado Nome, del que Xulio formó parte junto a Pardiñas, Bibián, Morquecho, Anselmo Lamela, Quintana Martelo y María Xosé Díaz. Una generación de auténtico lujo para Galicia y el mundo del arte.